

5º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS, 1,29-39.

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y poseídos. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían no les permitía hablar.

Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron:

-Todo el mundo te busca.

Él les respondió:

-Vámonos a otra parte, a, las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he venido.

Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.

LA ORACIÓN SANA HERIDAS

El Evangelio de hoy nos presenta **«la curación de la suegra de Pedro»**, por parte de Jesús, así como las de otros muchos enfermos y poseídos que le presentaron. La curación de la suegra de Pedro es la primera curación física contada por Marcos.

La mujer se encontraba en cama con fiebre. La actitud y el gesto de Jesús con ella son expresivos: **«Se acercó y, tomándola de la mano, la levantó»**, dice el Evangelista. Había mucho afecto en este sencillo gesto, que parece casi normal. Pues bien, **«la fiebre la dejó y ella se puso a servirles»** El poder sanador de Jesús no encuentra ninguna resistencia y la persona sanada retoma su vida normal, **«pensando en los demás y no en sí misma»**. Y esto es **«¡signo de verdadera salud!»**

La jornada de Jesús en Cafarnaúm empezó con la sanación de la suegra de Pedro y terminó con la escena de la gente de todo el pueblo llevándole a todos los enfermos y endemoniados a la casa donde Él se alojaba. Aquella multitud, marcada por sufrimientos físicos y miserias espirituales, constituye, **«el ambiente vital»** en el que Jesús desarrolla su misión.

A tal pobre humanidad se dirige la acción poderosa, liberadora y renovadora de Jesús. Desde el principio Jesús muestra **«su predilección por las personas que sufren en el cuerpo y en el espíritu»**. Es la predilección del Padre, que Él encarna y la **«manifiesta con obras y palabras»**.

¿Pero qué hace después Jesús? Antes del alba del día siguiente, Jesús sale sin que le vean por la puerta de la ciudad y se retira a un lugar apartado a orar. **«Jesús reza»**. Es de la oración de **«dónde saca la fuerza»** para cumplir su ministerio, predicando y sanando.

Sus discípulos fueron testigos oculares de esas curaciones y así lo testimonian. Pero Jesús no los quiere solo como espectadores de su misión, Jesús los involucra, los envía y les da también a ellos el poder de sanar a los enfermos y de expulsar demonios. Y esto es algo que **«ha seguido siendo así en la vida de la Iglesia, hasta hoy, sin interrupción»**.

Cuidar a los enfermos de todo tipo no es para la Iglesia una actividad opcional ni accesoria. Cuidar a los enfermos **«forma parte de la misión de la Iglesia»**, como era la de Jesús. Y esta misión no es otra que **«llevar el amor de Dios a la humanidad que sufre»**. Curar a un enfermo, acogerlo, servirlo, es servir a Cristo; **«el enfermo es la carne de Cristo»**. El enfermo tiene ciertamente necesidad de cuidados, de competencia científica, pero tiene aún más **«necesidad de esperanza»**.

La ciencia da una esperanza razonable de curación o al menos prolonga en mucho los tiempos de evolución de la enfermedad cuando esta se considera incurable. Pero la enfermedad, al igual que la muerte, **«no está aún, y jamás lo estará, del todo derrotada»**. Forma parte de la condición humana.

Pero la fe cristiana puede «aliviar la enfermedad» y darle también «un sentido y un valor». Ninguna medicina alivia al enfermo tanto como oír decir al médico, sin engaño: «Tengo buenas esperanzas para ti» La esperanza es la mejor «tienda de oxígeno» para un enfermo.

Pero «algo que siempre podemos hacer todos por ellos, por todos los enfermos, es rezar». Casi todos los enfermos del Evangelio fueron curados «porque alguien se los presentó a Jesús y rezó por ellos».



Quizás para algunos la oración carezca de importancia, porque no conocen su poder. Hoy la ciencia investiga el poder terapéutico de la oración, más concretamente los efectos de la oración en los enfermos. Son varios los estudios que se han realizado en este sentido. En ellos se ha podido observar que «aquellos pacientes a quienes se dirigían plegarias y oraciones evolucionaban significativamente mejor» que los que no estaban incluidos en esas terapias de oración.

La oración marca también con su influencia nuestras acciones y conductas hasta tal punto que las personas que tienen el hábito de orar viven con más paz interior. «Rezar significa dirigir el corazón a Dios estableciendo con Él una relación viva». Cuando practicamos la oración empezamos a descubrirnos a nosotros mismos y a cultivar sentimientos de solidaridad con los más débiles. Descubrimos también nuestros egoísmos, nuestra vanidad y nuestros desatinos. A través de la oración podemos alcanzar la armonía y la unidad de «cuerpo, mente y espíritu», que es lo que «otorga a la frágil constitución humana su fortaleza invencible».

Alexis Carrel, Premio Nobel de Medicina, decía que «la oración» es una fuerza tan real como la rotación de la Tierra. «Es una emanación invisible del espíritu del hombre, que es la fuerza más poderosa que el hombre pueda generar». Si adquieres este hábito «te cambia la vida».

Recemos pues, para que fortalecidos con la oración, con ese amor que el Señor nos concede cuando nos dirigimos a Él, especialmente en la Eucaristía, tratemos de «ayudarnos unos a otros para sanar las numerosas heridas que todos padecemos». Hay que recordar que el Papa Francisco, con la franqueza que siempre le caracteriza, no deja pasar ocasión alguna para «pedirnos que recemos por él». Hagámoslo por él, pero también por todos nosotros, los unos por los otros. ¡Que así sea!